

LA SIMULADORA

Hilda Guzmán Montelongo



Capítulo 1

LA SIMULADORA

¡Ay, Valentina Alexeevna!, a veces es mejor estar sola.

Mire, la semana pasada me tocó atender en el hospital a una abuelita de más de 80 años. No le voy a decir el nombre, pero es lo único que le quitaré a la historia. La viejita que le cuento fue internada con un montón de traumas que le provocaron a puñetazos su propio marido y sus dos hijos. Las tres bestias esas son alcohólicos a los que ella ha mantenido toda la vida. Con decirle que los dos retoños andan ya en los cincuenta y nunca han movido un dedo y si lo hicieran, sería solo para alcanzar la botella... Ella se había sentido mal unos días antes y les dijo que seguramente ya le tocaba morir y se acostó a esperar el momento mientras los hombres seguían bebiendo, ahora con un nuevo pretexto: la sentida muerte de su mantenedora. Estuvo con mucha fiebre unos días, no sabe cuántos exactamente, a veces sentía que ya estaba en el otro mundo y otras como que volvía y escuchaba los brindis que se hacían por el merecido descanso de su alma. Finalmente abrió los ojos y entendió que ninguno iría a llamar ni al médico ni al sacerdote, así que como buena hembra rusa, se obligó a levantarse y les dijo que iba a ver los precios de los ataúdes. A los hombres, que se les había terminado el vodka hasta la última gota, les dio un ataque de risa y le empezaron a lanzar pullas y a acusarla de simuladora. A los pocos minutos a uno de los hijos se le prendió el foco: si la madre quería ver precios era porque tenía algo de dinero, así que comenzó a mendigarle una botellita. Ella se negó porque sabe que son capaces de beberse hasta el último kopek y cuando no estás segura de si te vas a morir o no esta semana, pues hay que pensar en cómo llegar a fin de mes. Al final se lo quitaron todo y no la mataron a golpes porque los vecinos vinieron en su ayuda. En la policía dijeron que no se acordaban de nada y la viejecita no quiso poner una denuncia formal "para no pasar vergüenzas ante la gente". A mí me lo contó porque me tomó confianza mientras la atendía en el hospital y lo hizo con tanta gracia, que me hubiera reído si no le hubiera estado curando las heridas. No la he vuelto a ver desde que la dieron de alta.

Así que alégrese, Valentina Alexeevna, de estar sola.